BIBLIOTECA
LIRICO-DRAMÁTICA

AYER Y HOY

JUGUETE CÓMICO-LÍRICO EN UN ACTO Y EN VERSO

original de

EDUARDO JACKSON CORTÉS

música del maestro

ANGEL RUBIO

Estrenado con extraordinario éxito en el TEATRO MARTIN el 1.º de Octubre de 1888



MADRID
ENRIQUE ARREGUI, EDITOR
Atocha, 64, segundo izquierda
1888

AYER Y HOY

Al Sr. Zaroné

en señal de afecto y distinción

E. S.

Eduardo Jackson.

AYER Y HOY

JUGUETE CÓMICO-LIRICO EN UN ACTO Y EN VERSO

original de

EDUARDO JACKSON CORTÉS

música del maestro

ANGEL RUBIO

Estrenado con extraordinario éxito en el TEATRO MARTIN
el 1.° de Octubre de 1888.



MADRID
IMPRENTA DE M. P. MONTOYA,
San Cipriano, 1.
1888

REPARTO.

PERSONAJES.	ACTORES.
AMALIA	Sra. Liñán.
AGUSTINA	Srta. Ruiz.
JUAN	Sr. Campos.
EL CORONEL	» Rochel.
PERICO	» Ramos.

Por derecha é izquierda se entenderá la del actor.

NOTA. A la quinta representación se encargó del papel de Amalia la señorita Campos, y del de Juan el señor Sigler.

ACTO ÚNICO.

Gabinete cerrado; dos puertas al foro. Puertas laterales en segundos términos. Secreter primer término derecha; chimenea primer término izquierda. Sofá al foro entre las dos puertas. Delante del sofá velador con caja de música y purera con puros. Portiers en todas las puertas; butacas, rinconeras con adornos. Estera de verano etc., todo de lujo.

ESCENA PRIMERA.

AMALIA y AGUSTINA: la primera sentada.

AMAL. ¡Ay!
AGUST. No suspire usted más
por un hombre, señorita.
AMAL. Ayer fué un suspiro origen
de mis dulces alegrías;
y hoy es el único bálsamo
que mis pesares mitiga.
Huérfana y sola, en el mundo
me encontré sin más familia
que mi tío el coronel.
Cuando yo apenas cumplía
los diez años, me dotó
y se marchó á Filipinas,
dejándome en un colegio
de unas madres Carmelitas.
Pasaron catorce años;

y una tarde en que debía
recibir carta del tío,
llegó la falsa noticia
de su muerte A poco, Juan,
que una esposa apetecía
sin parientes, como yo,
vino á hacer una visita
al colegio en que yo estaba;
fijó su vista en mi vista;
volvió repetidas veces;
hubo versos... florecitas...
y suspiros y miradas,
y al fin, con frases dulcísimas,
pidió mi mano, callé
y suspiré conmovida...
Me dijo que aquel suspiro
era un mundo de delicias...
Los dos huérfanos... él rico...
Nos casamos.

AGUST. Bien se explica.

AMAL. Así hemos vivido un año
entre amorosas sonrisas;
yo en sus pupilas mirándome
y él mirándose en las mías;
yo llamándole Juanito,
y él llamándome Amalita.
Lo que va de ayer á hoy!
Lo que las cosas varían!
Hoy el *ito* está demás,
como está demás el *ita*!
Y todo, ya tú lo sabes;
porque tiene una querida!
Mi tío lo ha descubierto.

AGUST. Vamos; parece mentira!
Y entre arrumacos y quejas,
y suspiros y sonrisas
llevan más de una semana.

AMAL. Con el alma y con la vida
le quiero, y vivir no puedo
si me faltan sus caricias.
Le quiero... y le tengo miedo.

AGUST. No lo entiendo, señorita.

AMAL. No se ha comprado un revólver
que no se le cae de encima,
cuando nunca fué capaz
de hacerle daño á una hormiga?
No le asegura en la carta
que has encontrado tú misma,
que se casará con ella
y matará á quien lo impida?
Pues quien lo impide soy yo,
que soy su mujer legítima.
Me temo que aconsejado
por esa mujer maldita
para quitarse de estorbos,
me fusile el mejor día.
y aquí paz, y después gloria.

AGUST. Ave María Purísima!

AMAL. Por qué dejé yo aquel templo
donde tan feliz vivía!
Bien me lo pronosticaban
aquellas madres benditas!
Al terminar el rosario,
ya se sabe; la revista
al mundo. Al llegar al hombre,
la relación consabida.
«El hombre es un basilisco
de condiciones mortíferas!
No hay que fijarse en los hombres
porque matan cuando miran!
Yo una vez me fijé en uno
con el rabillo, á hurtadillas,
y en castigo de mi audacia
ya lo veis, me quedé vizca!
Antes de entregarse al yugo
como humildes corderitas,
vale más vestir imágenes!
No lo olvideis, hijas mías!»
Y nosotras contestábamos
puesta en el suelo la vista...
«Liberanos dominé!...
Va de retro! Ave María!»
Pero muchas por lo bajo,
en vez de rezar, decían:

«Señor; cuándo vendrá uno
aunque nos quedemos vizcas.»

AGUST. Son muy malos.

AMAL. Ya lo sé;
y por lo mismo, si un día
llego yo á tener el mando
de un señor de horca y cuchilla,
entonces...

AGUST. Entonces, qué?

AMAL. Verás tú qué degollina!

AGUST. Los va usté á matar á todos?

AMAL. No; dejaré á dos con vida.

AGUST. Menos mal. Tenga usted calma.

AMAL. Calma! Déjame, Agustina,
porque estoy desesperada.

AGUST. Ya la dejo, señorita.
(Vase fondo izquierda.)

ESCENA II.

AMALIA.

MÚSICA.

Yo estoy aburrida.
Esto no es vivir!
Si es esta la vida
me quiero morir!
Ay de mí!... Ay de mí!
Sufrir lo que sufro ya es
mucho sufrir.
Me quiero, me quiero, me
quiero morir.
Que sí, que sí, que sí, que sí!
Me quiero morir!

(Se sienta y sigue la orquesta sola unos cuantos compases, de pronto se levanta y dice cantando:)

Pero no!
No quiero á sus anchas dejar
al traidor.
No señor! No señor!
Que pene; que sufra lo mismo

que yo.
Infame! Tunante!
Perjuro! Traidor!
Con qué desvergüenza
me hablaba de amor...
Y cómo pintaba
su ardiente pasión...
Infame, tunante!
Perjuro! Traidor!
Bribón y bribón y mil veces
bribón!

(Se sienta; de pronto se levanta y dice hablado y como dirigiéndose á una señora.)

Qué dice usted? Que el suyo es
bueno?
Pues, hija mía será una excepción
de la regla general.

(Se dirige á otra señora.)

Usted dice que no puede vivir
sin él... Pues eso es lo malo...
Eso es lo que me pasa á mí!
No ve usted que todos tienen
un... un...

CANTANDO.

Todos, todos tienen
un... yo no sé qué
y un... yo no sé cuando.
Y un... me entiende usted...
Tienen en los ojos
tanta languidez
tienen tanto fuego
cuando fingen bien,
tienen en los labios
tanta y tanta miel...
Y qué ha de hacer una
dejarse querer
aunque luego pase
lo que yo me sé.

ESCENA III.

AMALIA, PERICO, y á poco EL CORONEL y AGUSTINA por el foro izquierda.

PER. Andá!
AMAL. Qué ocurre?
PER. Mairina,
er Coroné, que piafando
sube la escalera arriba.
AMAL. Piafando!...
PER. Vamo ar disí.
Viene que cuasi relincha,
salvo la comparasión.
Aquí está.
AMAL. Tío.
COR. Por vida!
Entrar yo: yo por la puerta
del aguador y á hurtadillas!
AMAL. Todo por mí.
AGUST. Voy adentro
si usted no me necesita.
PER. Aspérame, voy contigo.
AMAL. No haces falta en la cocina.
PER. Andá! Yo la ayúo, estamo?
Yo la enjugo la vajiya
y le avío los quinqueles...
y que cuando está solita
tiene mieo á las correnderas,
y yo...
COR. Basta! No prosigas!
PER. Si usía lo manda...
COR. Basta!
AMAL. Ponte en el balcón, y avisa
cuando venga el señorito.
PER. Lo que usté mande, mairina.
COR. Y chitón!
PER. Andá! chitón!
Po si soy de Andalusía;
donde semo más cayao...
COR. Cuidado con la consigna.

PER. Fuí melitá y sé mu bien
respetá la indesiplina.
(El Coronel le manda callar por señas.)
A la orden, mi coroné.
(Ves qué finura, chiquiya?)
Vanse los dos criados por el foro izquierda. Perico sigue hablando con Agustina por lo bajo.)

ESCENA IV.

AMALIA.—EL CORONEL.

COR. Ese criado flamenco
me desespera y me irrita!
AMAL. Con qué ansiedad le esperaba.
Mire usted! (Saca una carta.)
COR. Qué es eso, chica?
AMAL. Una carta que en el suelo
de su cuarto halló Agustina.
(Lee la carta sin que el coronel la tome en su mano.)
«Julia, cumpliré contigo.
Si hay un sér que me lo impida
morirá » El sér soy yo.
Estas cartas no se firman,
pero es suya; es evidente,
pues que la llevaba encima.
Ha disfrazado la letra!...
También condición precisa.
Qué dice usted, tío?
COR. Digo, que lo escabecho, sobrina;
que en cuanto se ponga en suerte
le planto una banderilla,
que por mucho que se rasque
no se la quita de encima.
AMAL. Tiene un revólver.
COR. Sí, eh?
Me alegro: es mi comidilla.
Tiritos á mí, que tengo
todo el cuerpo hecho una criba,
y entran y salen las balas
sin que llegue yo á sentirlas.

AMAL. Ha sabido usted algo más?
COR. Y aun algos!
AMAL. Vírgen Santísima!
COR. Bru!
AMAL. Sosiéguese usted, tío!
COR. Es que vengo echando chispas.
AMAL. Pero, qué ha sabido usted?
COR. He sabido que esa... niña,
porque así puede llamarse,
tiene relaciones íntimas
con él desde hace cuatro años,
y que ella al presente frisa
en los dieciseis! Horror!
Terror! A mí me horripila!
Qué desmoralización!...
Si esto se viera en mis días!
Lo que va de ayer á hoy!
AMAL. Será alguna modistilla.
COR. Qué modista! Eso quisiera!
Según he sabido, es hija
de un seductor, un canalla...
Algún tenorio del día...
Luego hablan de los antiguos,
de aquella educación rígida.
Hoy, um! con hablar de toros
y murmurar de política,
ya está la cuestión resuelta;
odio la flamenquería.
Qué inmoralidad! qué escándalo!
Para cuándo son las iras
celestiales! Y el Gobierno
no dice esta boca es mía!
Buena está la España, buena!
AMAL. Y es bonita?
COR. Muy bonita.
Es decir, yo no la he visto;
me lo ha dicho una vecina.
AMAL. Ay, Dios mío de mi alma!
Acérqueme usted una silla
que me voy á desmayar!
COR. Por qué?
AMAL. Por esa noticia!

Yo abrigaba la esperanza
que fuese una mujercilla
cualquiera, con una cara...
vamos; peor que la mía.
Pero si es como usted dice...

COR. Qué?

AMAL. Me declaro vencida!

COR. Pero, qué has pensado tú,
que vuelvo yo de Manila
al cabo de quince años
de trabajos y fatigas
y de sufrir terremotos
y un naúfragio á la venida,
por el cual viví once meses
como un mono, en una isla
comiendo cocos, bananas,
ñames, plátanos y piñas,
y vistiendo como Adán,
para que un pillastre, un quídan
se burle de mis bigotes?
Ni que lo pienses, sobrina.
Hoy mismo lo mato.

AMAL. Tío!

COR. Yo, don Justo Arias de Ariza,
coronel del distinguido
cuerpo de caballería.
Yo, que aunque nací en España,
tengo raíces en la invicta
Portugal, y soy biznieto
de los condes de Aponte y Silva.
Yo, que por llamarme Justo,
condeno desde la pila
á todo cuanto en la tierra
se aparte de la Justicia;
yo que la moralidad
siempre tuve por divisa,
te juro solemnemente
que le rompo una costilla.

AMAL. Pobrecito!

COR. No me ruegues
ni pretendas que desista,
porque soy un adoquín,

un guardacantón, sobrina.
No lo dudes.

AMAL. No lo dudo.
Me basta que usted lo diga.

COR. Lo mato.

AMAL. Por Dios, tiito,
no lo mate todavía.

COR. Bueno, no lo mataré,
hasta que tú me lo digas.

AMAL. Eso cuando yo lo mande,
duro, y duro en él.

COR. Descuida!
Buena está la España, buena!
Y qué hace la policía?
Y qué la Guardia civil?
Los presidios de Melilla
y Ceuta, para quién son?
Si esto se viera en mis días...!
Qué tiempos, señor, qué tiempos.

ESCENA V.

DICHOS, PERICO, foro izquierda.

PER. Ya le tenemo ensima,
viene ar paso.

COR. Lo supongo.

PER. Es que bien venir podría...,
ar trote largo... ar galope...
Ya sabe la señorita
que es ginete. Hase mu poco
se compró una yegua pía...

COR. Silencio.

PER. No he dicho ná.

AMAL. Escóndase usté!

COR. Enseguida!
Ya la sangre lusitana
la tengo en la coronilla!

AMAL. Vamos, tío!

COR. Soy de bronce.
(Movimiento en Amalia.)
Por que tú me lo suplicas

que si no...

AMAL. Vamos.

COR. Lo mato.

(Vase puerta izquierda.)

PER. El amo. A mí no me piya!

(Vase foro izquierda.)

ESCENA VI.

Sale JUAN, foro derecha, y se pasea pensativo, de pronto se sienta.

Muchos se preguntarán
qué le pasa á Juan Ortíz?
Pues que soy el infeliz
más grande que come pan.
Fuí médico, y con tal fe
de mis enfermos cuidaba,
que sus dolencias pasaba.
Conque figúrese usté.
Compungido y sollozando
le corté una pierna un día
á uno que cogió el tranvía,
y anduve un mes cojeando.
A una tal Dolores Flores
asistí .. en cierta ocasión,
y estuve tres días... con...
Válgate Dios, por Dolores!
Y gracias que la piadosa
parca no quiso á ninguno,
porque si se muere uno
me muero de cualquier cosa.
El amor me salió al paso
y se me ocurrió decir...
yo tengo para vivir.
Quiero ocupación, me caso.
Buscaré aquí ó en el Congo
mujer sin padre ni madre
ni primito que le ladre:
sola, sola como el hongo.
Por el niño amor guiado
mis pesquisas comprendí,

y á una jóven conocí
como yo había soñado.
Me caso; dicha sin tasa
gozamos; y hoy pasa, que...
lo que pasa no lo sé,
pero yo sé que algo pasa.
Y mi escama no es camama
de esposo amante y sencillo,
es que noto aquí un tufillo,
extraño, que á mí me escama.
Hoy aclaro yo el misterio
porque esto se hace insufrible.
Pero si me es imposible
regañar con ella en sério...
Cuando me quiero enfadar
suspira y lo echo á perder.
Porque tiene mi mujer
un modo de suspirar..
Mi dicha en el aire miro!
Fué su amor aire, y voló.
Y aire digo, porque yo
me enamoré de un suspiro.
Rota la dulce cadena
de la coyunda amorosa
buena se pone la cosa!...
Pero buena, buena, buena!
Todo cuanto referí. (Al público.)
Calladlo, por caridad;
porque no hay necesidad
que se sepa por ahí.
Y si es cierto que mi esposa...
Con la mejor intención,
me llamarán... bonachón;
por no llamarme otra casa!

ESCENA VII.

JUAN.—AMALIA y el CORONEL, al paño. Juan se habrá apoyado en el secreter.

COR. Trasteo de Cayetano.
AMAL. Tengo miedo.

COR. No estás sola.
AMAL. Pero...
COR. Yo estoy á la cola
con el capote en la mano.
JUAN. Mujer injusta y cruel!...
Dónde fué el *ito* y el *ita*?
AMAL. (El corazón me palpita!)
COR. (Lo mato?) (Detrás de la cortina.)
AMAL. (No!)
JUAN. (Ella!)
AMAL. (El!) (Pausa.)
Ay! (Suspirando.)
JUAN. (No es ese.) (Pausa.)
AMAL. Ejem¡
JUAN. (Bribona.)
COR. (Como yo llegue á salir!)
JUAN. (Quién lo había de decir
con esa cara tan mona!)
(Juan saca un revólver y lo guarda en el secreter.)
AMAL. El revólver. Dios me valga!
No se escape el tiro!
JUAN. Cá!
COR. Con que revólver, ya, ya!
Salgo! (Bajo á Amalia que está cerca.)
AMAL. No!
COR. (Como yo salga!)
JUAN. Ya está guardadito.
AMAL. Así. (Suspirando.)
JUAN. Suspira .. mas no suspira... (Pausa.)
AMAL. (No me mira.)
JUAN. No me mira. (Pausa.)
Yo estoy aquí (Se sienta.)
AMAL. Y yo aquí. (Lo mismo. Pausa.)
JUAN. Estamos bien. (Acercándose un poco.)
AMAL. Sí, muy bien. (Se acerca.)
JUAN. Hace un calor... (Se acerca.)
AMAL. Estupendo... (Se acerca.)
COR. (Parece que están haciendo
El desdén con el desdén.)
JUAN. (Quiero enfadarme y no puedo!)
AMAL. (Qué cosa! estaba temblando,
y según se va acercando,

se me va quitando el miedo!)
(Amalia se abanica de modo que el aire llegue á él.)

JUAN. (Quiero empezar, y no sé
por dónde.) Yo...

AMAL. Qué?

JUAN. Deseo...

AMAL. Más aire? Pues ya lo creo.

JUAN. Muchas gracias.

AMAL. No hay de qué.
Siempre fué mi único fin
tu bienestar.

JUAN. Ay, qué rico.
El aire de tu abanico
me consuela.

AMAL. Sí? (Tosiendo con malicia.)

COR. (Pillín!)

AMAL. Si molesto, dilo.

JUAN. No.

AMAL. Estás tan lejos de mí...

JUAN. Ya estoy más fresco.

AMAL. Sí?

JUAN. Sí.

COR. (El que está fresco soy yo!
Um! Que muerda yo el cartucho
detrás de la batería!)

AMAL. Yo una cosa te diría
si no te enfadaras mucho.
Por suerte, nos encontramos,
me mirastes; te miré;
suspirastes; suspiré...
y al fin, juntos suspiramos.

JUAN. Sigue, quo oyéndote estoy...
conmovido y con placer.

AMAL. Eso sucedía ayer!

JUAN. Lo que va de ayer á hoy!

AMAL. Verdad! Contesta... sí, ó no?
Cuando sales por ahí
vas alguna parte... así...
que no pueda saber yo? (Pausa.)
No dudes en responder.

JUAN. Me lo preguntas de un modo...

Hija mía, todo... todo
no lo debes tú saber.

COR. (Ciertos son los toros!)

AMAL. Ya! (Pausa.)

JUAN. Dime, dentro de esta casa
sé yo todo lo que pasa?

AMAL. Todo... todo?...

JUAN. Claro está. (Pausa.)
No dudes en responder.

AMAL. Me lo preguntas de un modo!...
Hijo mío... todo, todo
no lo debes tú saber. (Se levantan.)

JUAN. Secreto en la esposa es cosa
que nunca se ha permitido.

AMAL. Sí: cuando tiene el marido
secretos para su esposa.

JUAN. (Si habrá llegado á saber
algo de Julia.)

AMAL. (Traidor!)
Has mudado de color!

JUAN. Bueno, déjame, mujer,
porque hoy estoy furibundo.

AMAL. Tú, Juanito, tan prudente,
tan bueno, tan complaciente.

JUAN. Quién lo dice?

AMAL. Todo el mundo.

JUAN. Pues el mundo está engañado,
y probarle necesito
que tengo mi geniecito;
pero lo tengo guardado.

AMAL. Guardadito debe estar.

JUAN. No soy ningún badulaque!
Y como un día lo saque!...

COR. Te lo vuelves á guardar. (Pausa.)

AMAL. Tú estás malo! Qué dolor
sientes?

JUAN. Pues siento aquí un peso. (En la frente.)
Y aquí... (Por el corazón.)

AMAL. Yo sé lo que es eso,
tu enfermedad es de amor.

JUAN. Justo; y soy muy desgraciado!

AMAL. No lo debes extrañar.

No hay nada como el amar
para ser desventurade.
Adán y Eva, el asombro
del amor, tal se quisieron,
que del Paraíso huyeron
con el morralito al hombro.

JUAN. Es que á Eva le dió la gana
de que Adán probase allí
la manzana; pero aquí
no existe aquella manzana.

AMAL. Fué la serpiente maldita
la que á Adán le salió al paso.

JUAN. Ya aquí no hay serpiente.

AMAL. Acaso
esté; pero escondidita.

JUAN. Sueñas.

AMAL. Y tú... Sí por cierto.

JUAN. Que estoy soñando!

AMAL. Y me fundo.
En este pícaro mundo,
quién no soñará despierto?

JUAN. Conque aquí todo es soñar
según eso?

AMAL Sí señor,
todo es sueño: hasta el amor.

JUAN. También?

AMAL. Lo voy á probar.
Amor, es deidad que inspira
la esperanza más risueña.
Una verdad, tan pequeña,
que casi es una mentira.
Es el deseo vehemente
de un Edén, que nos fingimos...
Panorama en que vivimos
como en cuadro disolvente:
que cuando más lleno está
de brillantes resplandores,
desvanece sus colores
y se disuelve y se va.
Mágia fugaz, que en su eterno
variar, pasa ilusoria,
desde el infierno á la gloria;

desde la gloria al infierno.
Tú ayer con mi amor soñabas...
Nuevo Adán, tierno y sumiso
te forjaste un paraíso
donde hallar imaginabas
dulces cánticos, poesías,
céfiros, blandos; celajes
bordados de azul y encajes,
flores, aves, armonías...
Hoy el cielo sonriente
cubrieron negros crespones;
huyeron las ilusiones;
apareció la serpiente
porque así el infierno quiso
poner nuestro amor á prueba,
y adiós Adán; adiós Eva,
y adiós nuestro Paraíso!

COR. (Olé ahí! Buen mete y saca.
Vaya una torera fina.
Si no fuera mi sobrina
le tiraba la petaca.)

JUAN. Mujer, que digas espero
si es verdad cuanto te oí.
Acaso dudas de mí,
de mí que tanto te quiero?
Que tanto á un suspiro aspiro
que á falta del de tu boca,
compré esa caja que toca
el *recuerdo de un suspiro*!
No consideras, mujer,
que tanto desdén me mata?
Anda, que eres una ingrata!
Vete: no te quiero ver!
(Se retira un poco. Amalia se acerca á la puerta. El coronel saca la cabeza y la habla rápidamente.)

COR. Huye al trapo.

AMAL. Pobrecito!
Me da pena.

COR. Um! Firmeza!
(Dos pases y á la cabeza.)

JUAN. Oye.

AMAL. Qué quieres, Juanito?

JUAN. Si yo suspirar te oyese.
AMAL. Ay!
JUAN. No es ese!
AMAL. Tú estás loco!
JUAN. Otra vez.
AMAL. Ay!
JUAN. No, tampoco.
No es ese. Tampoco es ese!
AMAL. Cómo habré de suspirar?
JUAN. Como yo te quiero oir.
AMAL. Que me vas á hacer reir.
JUAN. Pudiera hacerte llorar.
AMAL. Llorar! No, por Dios, ten calma
y que no te dé tan fuerte.
JUAN. La muerte, Señor! la muerte!
(Juan se desespera y se acerca maquinalmente al secreter. Amalia cree que va á tomar el revolver.)
AMAL. Ay, Dios mío de mi alma!
No me mates!
JUAN. Qué!
COR. (Qué escucho!)
JUAN. No digas más disparatos!
AMAL. Bueno; pero no me mates,
porque yo te quiero mucho.
COR. (Salgo?)
AMAL. (No)
COR. (Vaya un bromazo!)
AMAL. Juanito.
JUAN. Vas á aburrirme!
Vete!
AMAL. Pero para irme....
yo necesito un abrazo.
Aquí estamos sin testigos.
COR. Y yo? La ocurrencia alabo!
JUAN. No quiero.
AMAL. Si al fin y al cabo,
acabaremos amigos. (Pausa corta.)
A qué me abrazas?
JUAN. Quién yo?
AMAL. Lo veremos.
JUAN. Lo veremos.
AMAL. Apostamos?

JUAN. Apostemos.
AMAL. Digo que sí
JUAN. Yo que no.

(Amalia abre la llave á la caja de música, y ésta toca «El Suspiro».)

MÚSICA.

JUAN.
Vas á molestarte
eon un imposible.
AMAL.
Yo sabré buscarte
la cuerda sensible.
Ay! Ay! Ay!

Triste suspiro
no busques calma
por qué del alma
quieres salir.
Si no hay un pecho
que te recoja
con tu congoja
debes morir.
Ay! Ay! Ay!

JUAN.
Con plácida emoción
su voz penetra en mí.
Su dulce vibración
la siento aquí, aquí.
AMAL.
Con plácida emoción
mi voz penetra en tí.
Su tierna vibración
la siento aquí, aquí.
(Le pone la mano en el corazón.)

COR.
No debo consentir
tan grave situación.
Hay que tocar aquí
un punto de atención.
Tararí... Tararí!...

AMAL.
Llevas la corbata

muy mal puesta.

JUAN. Quita.

AMAL. Ven que te la ponga.

JUAN. Que me haces cosquillas.

AMAL. Estáte quietito
que acabo en seguida.

COR. Si sigue este juego
toco á bota sillas.

AMAL. La corbata así
no la quiero yo:
que puesta por mí
estará mejor.

JUAN. Cuando me habla así,
ya no puedo yo
ni decir que sí
ni decir que no.

COR. Tarará, tararí,
tararí, tororó.

(Amalia y Juanito se abrazan.)

JUAN. Dulces lazos
son tus brazos
que á los ángeles pedí,
y en mi anhelo
desde el cielo,
descendieron para mí.

AMAL. Si mis brazos
son los lazos
que á los cielos merecí,
con anhelo pido al cielo
que los guarde para tí.

COR. Tararí... tararí!

(De pronto recuerdan su agravio y se separan bruscamente.)

LOS DOS Hiere mi mente el recuerdo
de tu infame falsedad!
Infame! Perjuro!
No te acerques más!

COR. Tararí, tararí,
tararí, tarará!
(Vánse corriendo, Amalia por la puerta izquierda. Juan por el foro derecha. Perico sale por el foro izquierda. Oye las últimas palabras.)

ESCENA VIII.

PERICO y á poco AGUSTINA, foro.

HABLADO.

PER. Tarará, tarará, tarará!
Y los dos salen huyendo.
Esta gente está guiyá.
Y á mí qué? Buenos begueros!
Uno pá empué é comé.
(Va á tomar uno: oye al coronel, y se vuelve asustado.)

COR. Yo lo mato!

PER. Ya lo dejo.
Andá! si é er Coroné
que está escondío ahí drento!
Valiente susto ma dao!
Ma desatao toos los niervo!
(Sale Agustina.)

AGUST. El señorito está abajo
hablando con el portero.
Pero qué tienes tú?

PER. Ná.

AGUST. Si estás temblando!

PER. Que... tiemblo!
Es verdá. Tienes razón.
No chanelas lo que es esto,
serrana de mis entrañas?
Pu é que en cuanto te veo
me entra .. andá! una convulsión
que me tiritan los huesos.

AGUST. Pues ya!

PER. Que no eres tú chula!
Andá! Mírate al espejo.
Po si á tí hay que diquelarte
con microsquipio, salero,

pá sabé toos los prefiles
que tienes en ese cuerpo.
Si cuando vaya á la iglesia
y mos diga er cura aquello
der síngulo sángalo, andá
me voy á quear lo mesmo
que er papamosca é Burgos,
que está toa su vía abriendo
la boca y nunca se jarta!
Si en cuantito nos casemos
y vaya yo po esas cayes
de brasalete á paseo
contigo, seré un perro é presa,
y ar que te mire, aún! le muerdo,
y le arranco una tajá
que pese tres kilometro.
Juyuyui! Viva mi niña!
Viva tu salacantreco,
tu vanguardia y retaguardia,
y viva el ocurto fuego
del polvorín de tus ojos,
y la charanga é tu pecho,
que cuando toca á diana
se ponen en pie los muertos!

AGUST. Andaluz!

PER. Grasias. Te juro
por las cruses de estos deos
que eres tú la primerita
que ma yamao embustero.

AGUST. Te he dicho andaluz.

PER. Es igual.

AGUST. Tunante.

PER. Mos conosemos!
Voy á soltarte un jipío
de esos que ayegan ar sielo.
Acompáñame, serrana,
verás un moso flamenco.

MÚSICA.

PER. Eres mi clavollina
y mi asusena.

Eres la rosa fina
y la verbena,
Dame tu aroma
y te daré mi vía,
mi alma y mi glorla.

AGUST. Si soy la clavellina
y la azucena;
si soy la rosa fina
y la verbena,
toma mi aroma
en cambio de tu vida
tu alma y tu gloria.

PER. Ay, que dame; que dame tu
aroma!

AGUST. Ay, que toma, que toma, que toma!

LOS DOS. Ay, olé! Ay, olé!

PER. Der pelo á los pinreles
camelo á esta mujé.
Si estos no son quereles
que Dios lo venga á ve.

AGUST. Tus labios son de mieles!
Olé por mi gaché.
Si estos no son quereles,
que Dios lo venga á ve!

LOS DOS. Ay, olé! Ay, olé!
Ay, olá! Ay, olá!
Jesú y qué olitas
que tiene la mar.

Ay, marinerito;
que para un poquito;
que no bogues tanto,
que por tu salú
que ya me mareo,
que con el meneo
y el dale que dale
de la mar asul.
Ay, Jesú! Ay, Jesú!

Que con el cuquito
que en noche sin luz
á su cariñito
le canta el cucú...
Cucú... Cucú...
(Perico y Agustina quedan abrazados.)

ESCENA IX.

DICHOS, AMALIA, EL CORONEL.

HABLADO.

COR. Qué miro! Um...!
PER. Fué un mareo...
como es tan... carita... tibia...
poique no cayese ar suelo...
Yo la disía... no! no!
Y eya se empeñó.
AGUST. Yo? Bueno!
COR. Qué inmoralidad!
PER. Lo vé?
Si te lo estaba disiendo.
COR. Lo que va de ayer á hoy!
Si esto se viera en mis tiempos...
AGUST. Entonces no se abrazaba
la gente?
PER. Andá!
COR. Ni por pienso.
AGUST. Jesús, y que sosería.
PER. Cáyate, chiquiya!
COR. Adentro!
AMAL Y el señorito?
PER. Hase poco
tomó las de Viyadiego;
más sigún dise Agustina,
está...
COR. Basta!
PER. No risueyo.
(Vanse los criados á una seña del Coronel.)

ESCENA X.

AMALIA.—EL CORONEL. A poco AGUSTINA y después JUAN.

COR. Puede venir cuando quiera.
No me oculto más, estamos?

y cuando digo una cosa
ya lo sabes, soy de mármol.
No escondo mi cara á nadie!
(Sale Agustina.)

AGUST. El amo!
AMAL. Cómo!
COR. Um!..
AMAL. Vamos.
COR. He dicho que no, y que no!
AGUST. Qué viene!
AMAL. (Empujándole.)
Adentro.
COR. Lo mato!
(Vanse el coronel puerta izquierda, Agustina foro.)
AMAL. El revólver... aquí está. (Lo toma.)
Qué miedo me da el tocarlo.
COR. Pero, chica.
AMAL. Calle usted.
(Cerrando la puerta izquierda y colocándose delante de ella.)
Si quiere entrar... entra, es claro.
COR. Llegó la hora de matar?
AMAL. No señor
COR. Avisa cuándo. (Sale Juan.)
JUAN. A ver si haces el favor
de dejarme el paso franco.
AMAL. (Apuntándole.)
No, por aquí no se pasa.
JUAN. No se dispare, cuidado.
AMAL. Ahora soy yo la más fuerte.
Pasa... pasa si eres guapo!
JUAN. Ocultas á un hombre.
AMAL. No.
JUAN. Lo sé bien.
AMAL. Te han engañado.
JUAN. Aún me lo quieres negar?
AMAL. No... es hombre...
JUAN. Cómo?
COR. (A que salgo!)
JUAN. Amalia!
AMAL. Y con qué derecho
viene cuentas demandando
su mujer un marido

que la falta en lo más santo
y que tiene...

JUAN. Acaba. Qué?

AMAL. Y que tiene...

JUAN. Qué? habla claro.

COR. Y que tiene una querida. (Saliendo.)
Yo la he visto!

ESCENA ÚLTIMA.

DICHOS.—EL CORONEL.

AMAL. Cielos!

JUAN. Falso!

COR. Caballero, esa palabra!...

JUAN. (Si es un viejo!)

COR. He sido blando
por cariño á esta mujer,
pero encanecí en los campos
de batalla, y lucir puedo
sobre mi pecho un calvario.

JUAN. Pero es posible, Dios mío!
Si es un viejo!...

AMAL. Nos pillaron!
Perdón! Pida usted perdón.

COR. Yo qué he de pedir?

JUAN. Me pasmo!
Amalia, pero es posible!

AMAL. Tenemos gustos contrarios.
A tí te gustan las pollas...

COR. Y á ella le gustan los gallos.

AMAL. Eso es.

JUAN. Pero usted dijo,
sin duda el violón tocando,
que yo tengo una querida.

COR. Sí, señor.

JUAN. Yo!

COR. Tengo datos.
Vive en la calle del Fúcar,
número setenta y cuatro,
y se llama Julia Pérez,
y tiene diez y seis años,
y es huérfana, y vive sola
con un mochuelo encorbado
que tiene los ojos verdes,
y nariz de guacamayo,

y que más que vieja es bruja,
según dicen en el barrio...
Conque dígame usté ahora
que estoy el violón tocando.

JUAN. Permita usté que me ría.

COR. Menos risitas y al campo.

JUAN. Qué fuego!

COR. He sido un volcán
comprimido y hoy estallo.

AMAL. Oiga usted.

COR. No escucho nada.
Sangre quiero.

AMAL. Yo no he dado
mi permiso tedavía!

COR. Pues sin permiso, lo mato.

AMAL. Tío.

COR. Déjame, sobrina!

JUAN. Qué!

AMAL. Nos vendieron los labios!

JUAN. Sobrina!

AMAL. Don Justo Arias,
Coronel recién llegado
de Filipinas... Mi tío.

COR. Un alma del otro barrio!

JUAN. Usté es aquel que se ahogó.

COR. Sí, pero me he des... ahogado.

JUAN. Conque usté es don Justo Arias?
(Recordando.)
Já! Já!

AMAL. Qué!

JUAN. Valiente chasco!

COR. Para usted.

JUAN. No; para usted.
Já! já!

COR. Se estará burlando!

AMAL. Y dí; quién es Julia Pérez?

JUAN. Julia Pérez es un acto
filantrópico. La madre
de Julia espiró en mis brazos,
encomendándome su hija
que era el fruto de un engaño.
El padre la abandonó
y huyó á países lejanos

dejándola en la miseria
y deshonrada.

COR. Qué escándalo!
Qué tiempos, Señor, qué tiempos!
Yo me horrorizo! Me espanto!
Qué padre! Sería un mónstruo!

JUAN. Aquí tengo su retrato. (Lo saca)

AMAL. Mi tío.

COR. Yo?

JUAN. Sí, más joven,
pero es usted.

COR. (Me chafaron!)

AMAL. Y esta carta, dé quién es?

JUAN. De tu tío. No has mirado
la fecha? El año setenta.

AMAL. Qué inmoralidad!

JUAN. Qué escándalo!

AMAL. Si esto se viera en mis tiempos!

JUAN. Tío!

AMAL. Tío!

COR. Vamos, vamos;
que estoy ya, que se me puede
casi ahogar con un caballo!...
Dígo... no. Con un... demonio.
Ya no sé lo que me hablo.

AMAL. Amnistía general!
Juanito!

JUAN. Ven á mis brazos!

AMAL. Ay! (Suspirando con alegría.)

JUAN. Ese es mi supiro! (Loco de placer.)

AMAL. (Pobre tío!) Llora?

COR. Claro!...
Es... el cariño de padre
que me está aquí retozando.

JUAN. Es natural; lo ha tenido
comprimido tantos años!...

AMAL. Pues á cumplir su deber
y enjugue usted ese llanto
en los brazos de su hija.
Ahora nos falta un aplauso,
que espero de estos señores
si es que el juguete ha gustado.

(Música mientras cae el telón.)

FIN DEL JUGUETE.

PUNTOS DE VENTA.

MADRID

Librería de la Sra. Viuda é hijo de Cuesta, calle de Carretas, núm. 9.

PROVINCIAS

En casa de los corresponsales de la BIBLIOTECA LÍRICO-DRAMÁTICA.

Pueden también hacerse los pedidos de ejemplares á esta casa, acompañando su importe en letras de fácil cobro ó sellos de comunicaciones sin cuyo requisito no serán servidos.

Precio, UNA peseta.